

Semblanza de Nuestro Padre San Bernardo*

Debo reconocer que traer ante nosotros a Bernardo de Claraval no es precisamente una tarea fácil. Su vida y su obra son inabarcables en unas pocas líneas, y mi capacidad de síntesis es pobre.

Por eso voy a valerme de algunas ayudas: sus contemporáneos, el mismo Bernardo a través de sus escritos, y los textos que nos trae la liturgia en su fiesta.

¿Quién era Bernardo para los monjes del siglo XII? Escuchemos qué nos dice Isaac de la Estrella. En la fiesta de la Asunción dice lo siguiente:

Vimos, sin embargo, a un hombre que tenía ciertamente algo sobrehumano. Sus gestos o sus reproches a veces hacían murmurar contra él, en su ausencia, a algunos que se indignaban por ellos, pero una especie de majestad divina digna de ser amada y de caridad digna de ser reverenciada resplandecía en su rostro, con un no sé qué de pacificador a la vez que de temible, y había en sus labios tal gracia derramada, que al punto, agradados desde que lo veían ellos mismos se censuraban haber censurado a él, y amaban, alababan y celebraban todo en él. De su alma santa verdaderamente afluían delicias, como es fácil reconocerlo en sus escritos y sobre todo en aquello que ha dicho sobre el *Cantar de los Cantares*. Pues es de S. Bernardo, abad de Claraval, de quien hablamos. A aquellos pues para quienes, ausente, era sol, luna y ejército terrible, se sentían en su presencia como inundados de delicias de las cuales él era colmado sin cesar.

Y también a su secretario y biógrafo, Godofredo de Auxerre, que nos da, en su *Vita Prima*, la siguiente semblanza:

...Si alguien desea saber qué solícito juez y escrutador de sí mismo fue Bernardo desde el mismo principio, observe con cuidado su primera obra sobre los grados de la humildad. Luego, si se busca la religiosa devoción de su piadosa mente, se ha de pasar a las homilías en alabanza de la Virgen Madre y a aquel libro que editó sobre el amor de Dios (...) Cuan libre en la palabra y en la disertación y rico en la ciencia de las cosas de arriba y de abajo, lo reconocerá el atento observador en lo que escribió al Papa Eugenio sobre la Consideración...

* Sermón pronunciado en la solemnidad de S. Bernardo. Monasterio Sta. María de Miraflores (20.08.1993).

Como podemos observar, ambos discípulos nos abren una puerta para conocerlo, a saber, sus escritos. Es en ellos donde podemos beber de su doctrina monástica para renovar nuestra propia experiencia. Podemos reconocer en S. Bernardo a un hombre apasionado por Dios: un hombre de deseo, de oración, oyente de la Palabra en la liturgia, un celoso pastor de sus monjes, un maestro de vida interior, un padre entrañable, en suma, un hombre apasionado, afectivo, optimista del hombre.

Vivió intensamente cada misterio de la vida de Jesús y lo comunicó en sus sermones. En suma, tenemos en S. Bernardo un fruto maduro, sabroso, convincente que muestra que la vida monástica, en intimidad con el Señor, vivida en comunidad, es un camino válido, una senda que conduce a la salvación, al Reino, al encuentro del Amado.

Bernardo y los demás padres cistercienses son nuestra preciosa reserva, la tierra buena, las raíces profundas desde donde podemos hacer renacer la vida monástica en nuestros días, si somos fieles a su herencia, y creativos en inyectar savia nueva a esa experiencia, nutriendo esa tierra común con la vivencia genuina de cada uno de nosotros. El mismo S. Bernardo nos dice que no es cuestión de repetir o copiar experiencias, pues estamos llamados a "beber cada uno de su propio pozo" las aguas abundantes de la Vida en Dios.

Es lo que hicieron Bernardo y los primeros cistercienses en su tiempo: tomaron la vivencia de sus antepasados monásticos y le dieron un sabor nuevo, elaborando una síntesis espiritual que ha perdurado en el tiempo.

Veamos ahora algunas facetas de la persona y pensamiento de Bernardo, a la luz de los textos que la liturgia nos ofrece hoy, siguiendo el método que usó el propio Bernardo.

En relación a la primera lectura (*Sb* 7,7-10), San Bernardo nos dice en la sentencia 126,7:

El séptimo don es el Espíritu de sabiduría, que es un cierto sabor interno y gusto muy suave. Por eso dice el Salmista: *Gustad y ved qué suave es el Señor*; y en otro lugar: *Descansad y reconoced*; y también: *Acercaos a él y quedaréis radiantes*. Gustamos de antemano las realidades celestiales con este gusto interior de la divina sabiduría, contemplando qué delicioso es vivir con los moradores del cielo en donde nada puede desagradar ni nada agradable puede faltar [...]. Los que tienen una inteligencia pacífica y serena saborean con más dulzura las cosas de arriba y las ven con mayor penetración. Pues el que aventaja a otro en paciencia muestra una sabiduría más acendrada.

Este es uno de los numerosos ejemplos del uso que S. Bernardo hace de la Sagrada Escritura, una de sus fuentes más recurrentes -junto a los Padres de la Iglesia, la RB y los Padres Monásticos. Se puede decir que el pensamiento de

Bernardo es marcadamente bíblico, y es en la Biblia donde se apoya para instruir a sus monjes.

En relación con el Evangelio (*Jn 17,20-26*), el tema de la unidad en la comunidad es una constante en su obra. Comentando el *Cantar de los Cantares*, en el sermón 29 dice:

Alejen de ustedes, por favor, en todo momento, esa abominable y horrorosa desgracia, ustedes los que han experimentado y ven qué dulzura, qué delicia es convivir los hermanos unidos; si viven unidos y no divididos. De lo contrario no será una dulzura, ni una delicia, sino algo pésimo: una tortura. ¡Ay de aquel que perturbe el gozo de la unidad! Cargaré con su sanción quienquiera que sea. Yo preferiría morir antes que escuchar a cualquiera de ustedes este justo lamento: "Mis hermanos de madre se declararon contra mí". ¿O no son todos ustedes en esta misma comunidad hijos de la misma madre, hermanos unos de otros? Por tanto, ¿quién podrá turbarlos y afligirlos desde fuera, si conviven felices en su casa y gozan de la paz fraterna?

Por otra parte, si queremos saber lo que Bernardo dice de sí mismo, en la sentencia 125, de su tercera serie, encontramos lo siguiente:

Cuando puedo dejar mis ocupaciones y me entrego a una especie de soliloquio para considerar mi condición personal, me fijo en tres cosas; por cierto tres cosas bastante manifiestas y casi palpables: considero que soy hombre, que soy monje, que soy abad. Que soy hombre por naturaleza; monje, por penitencia; abad, por obediencia; y todavía añadido una cuarta: que soy un hombre cristiano, por gracia.

Para concluir los invito a mirar una de sus facetas más vivas y que nos lleve profundamente, a través de la cual San Bernardo se nos hace cercano, nuestro hermano y padre: me refiero a su amor entrañable por sus monjes. A través de sus cartas nos llegan esa solicitud y ese amor que desbordan.

En la carta 70, dirigida a Guido, abad de Trois-Fontaines, dice lo siguiente:

Al pensar en la desgraciada condición de ese infeliz, me compadezco y temo que sea en vano. No porque crea inútil mi compasión, pues aunque él permanezca en su desgracia, no será por eso infructuosa mi misericordia. No me mueve a ella mi propia utilidad, sino la miseria del prójimo y el amor fraterno que se han clavado en mis íntimas entrañas.

Y dirigiéndose a Rainaldo, abad de Foigny, en la carta 73, le dice:

Queridísimo hijo Rainaldo: te lamentas de tus frecuentes tribulaciones, y con tus dolorosos lamentos me mueves a que yo también lllore contigo. Porque no puede dejar de conmoverme tu dolor ni soy capaz de escuchar tus sufrimientos y congojas sin afectarme y afligirme.

Y para finalizar esta semblanza, escuchémoslo dirigiéndose a sus monjes de Claraval, en la carta 143:

Por sus sufrimientos pueden ustedes pesar el mío. Si para ustedes es molesta mi ausencia, nadie dude que para mí es más enojosa. Porque la privación y angustia no tienen comparación. Ustedes carecen sólo de mí, pero yo estoy privado de todos ustedes. Yo debo preocuparme por tantos cuantos son ustedes, tengo que sentirme ausente de cada uno de ustedes y temer sus peligros. No me abandona este doble dolor hasta que me dejen volver a mis entrañas, y no dudo que esto mismo sienten ustedes por mí.

Quedémonos con este Bernardo, tan humano y entrañable, y pidámosle que interceda ante el Señor por nuestra comunidad y toda nuestra Orden, para que seamos fieles a nuestra vocación monástica y sepamos transmitir a las nuevas generaciones el carisma y el amor de nuestros Padres, con humildad y pureza de corazón.

*Monasterio Sta. María de Miraflores
Casilla 337 - Rancagua
Chile*